



## PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.  
SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE OCTUBRE DE 1882.

NÚM. 37.

### SUMARIO.

1. Salida de teatro.—2 y 26. Traje con corpiño Enrique IV.—3. Almohadon.—4 y 5. Dos fichús.—6 á 9. Dos cuellos y dos puños para luto.—10 y 11. Dos alamares de pasamanería.—12. Zapato de cabritilla dorada.—13. Sandalia.—14. Pulsera.—15. Broche para abrigos.—16. Almohadon de tapicería y terciopelo.—19. Traje para niños de 6 á 8 años.—20. Vestido para niñas de 7 á 9 años.—21. Vestido para niñas de 3 á 5 años.—22. Vestido para niñas de 10 á 12 años.—23. Vestido para niños de 2 á 4 años.—24 y 25. Vestido de raso y gasa de seda.—17, 18, y 27 á 38. Vestidos y abrigos para señoras y niñas.

Explicación de los grabados.—Marta la hechicera: Leyenda histórica (conclusion), por D. Fernando Soldevilla.—La Vida Real: Apuntes para un libro (continuación), por D.<sup>a</sup> María del Pilar Sinués.—La Mujer soñada, por D. G. Belmonte Müller.—La Corona fúnebre: Leyenda, por D. R. Torromé.—A una boca, poesía, por D. Julio Sigüenza.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicación del figurin iluminado.—Advertencia.—Salto de Caballo.

#### Salida de teatro.—Núm. 1.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figs. 48 á 52 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

#### Traje con corpiño Enrique IV.—Núms. 2 y 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. X, figs. 53 á 59 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Almohadon.—Núm. 3.

Las figs. 23 y 24 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. 31 corresponden á este objeto.

Se cortan tres pedazos de felpa color de aceituna por la fig. 23, y otros tres pedazos enteros por la fig. 24, que sólo representa la mitad. Se cortan unos ramos de guipur de unas cortinas; se les fija sobre la felpa, festoneando su contorno con seda de varios colores. Se bordan también los ramos de la guipur al punto de espina, punto anudado y punto ruso, mezclando la seda y el torzal de oro. Las costuras de union de los pedazos de felpa y de raso van cubiertas al punto de cordoncillo y punto ruso con seda. Se rellena el almohadon de cerda ó de pluma, y se le adorna con pomponcitos hechos de lana de varios colores.

#### Dos fichús.—Núms. 4 y 5.

Núm. 4. Este fichú va hecho de tul bordado de cuentas de azabache. El escote va guarnecido de un rizado de encaje de 2 centímetros de ancho. El borde inferior, adornado de un galon bordado de cuentas, va ademas guarnecido de un encaje negro de 3 centímetros de ancho. Lazo de cinta de reps negra.

Núm. 5. De granadina de seda negra, lisa, puesta doble, y de granadina negra bordada.

#### Dos cuellos y dos puños para luto.—Núms. 6 á 9.

Núms. 6 y 7. De cachemir negro forrado de seda ligera. Entre las dos telas se intercala un pedazo de linon. Se guarnecen el cuello y el puño con tiras de cachemir negro bordadas, de 3 centímetros de ancho, y con bieses de seda y de cachemir.

Núms. 8 y 9. Este cuello, recto, que tiene 40 centímetros de largo por 3 de ancho, es de crespón inglés negro, con rulos del mismo crespón, puestos perpendicularmente. El contorno va ribeteado de anillas hechas al crochet con seda



1.—Salida de teatro.  
(Explic. y pat., núm. IX, figs. 48 á 52 de la Hoja-Suplemento.)

2.—Traje con corpiño Enrique IV. Delantero. (Véase el dibujo 26.)  
(Explic. y tat., núm. X, figs. 53 á 59 de la Hoja-Suplemento.)

Moret



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

negra. El puño se hace del mismo modo.

**Dos alamares de pasamanería.**  
Núms. 10 y 11.

Las chaquetas, pletós y otros abrigos irán generalmente este año adornados de *brandeburgos* ó alamares de pasamanería.

Núm. 10. Este modelo se compone de rosáceas de varias dimensiones, hechas separadamente con cordón de seda. Las dos mitades de este alamar se reunen por medio de una bellota.

Núm. 11. Se ejecuta este alamar con trencilla gruesa y



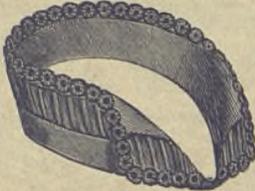
1.—Fichú.



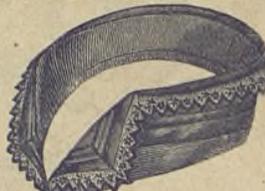
3.—Almohadon.



5.—Fichú.



6.—Cuello para luto.  
(Véase el dibujo 7.)



8.—Cuello para luto.  
(Véase el dibujo 9.)



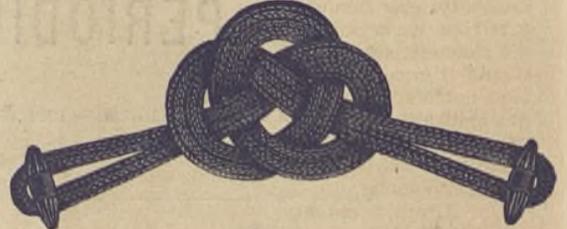
10.—Alamar de pasamanería.



7.—Puño correspondiente al cuello número 6.



9.—Puño correspondiente al cuello número 8.



11.—Alamar de pasamanería.

cuadrada doble. Se le abrocha á cada extremo con una bellota.

**Zapato de cabritilla dorada.—Núm. 12.**

Este zapato, con barretas bordadas de cuentas color de bronce, es á propósito para *soirée*, teatro, etc.

**Sandalia.—Núm. 13.**

Esta sandalia es de tafete encarnado, y va guarnecida de raso granate subido y raso color crema. Bieses de ambos colores y lazos mezclados.

**Pulsera.—Núm. 14.**

Esta pulsera, en forma de serpiente, es de oro mate, con resorte. La cabeza va adornada de una aplicacion de zafiros con orla de brillantes.

**Broche para abrigos.—Núm. 15.**

De plata oxidada genero céltico. Las partes grabadas van doradas en hueco.

**Almohadon de tapicería y terciopelo.**  
Núm. 16.

Este precioso almohadon es de terciopelo encarnado, guarnecido de una tapicería reaplicada y sujeta con un cordón grueso, que sirve tambien de ribete al borde exterior. Las cuatro esquinas van adornadas con rosáceas de raso.

**Traje para niños de 6 á 8 años.**  
Núm. 19.

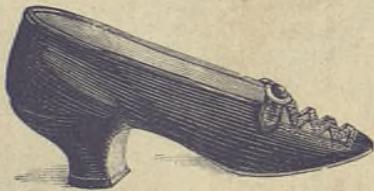
Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido para niñas de 7 á 9 años.**  
Núm. 20.

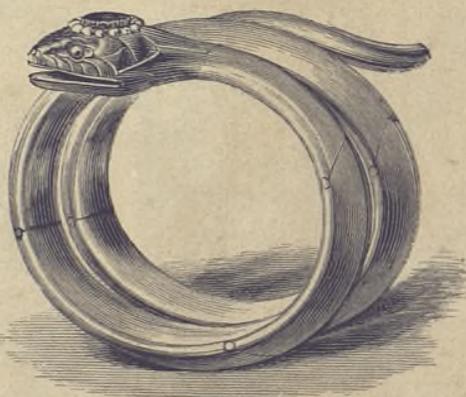
Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, figs. 26 á 33 de la *Hoja-Suplemento*.

**Vestido para niñas de 3 á 5 años.**  
Núm. 21.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. XI, figs. 60 á 67 de la *Hoja-Suplemento*.



12.—Zapato de cabritilla dorada.



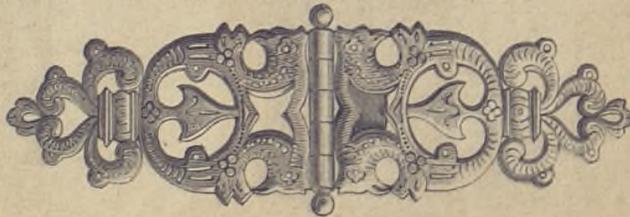
14.—Pulsera.



13.—Sandalia.



17.—Abrigo de raso con aplicaciones de felpa. Espalda. (Véase el dibujo 33.)  
(Explic. y pat., núm. 11, figs. 9 á 12 de la *Hoja-Suplemento*.)



15.—Broche para abrigos.



16.—Almohadon de tapicería y terciopelo.



18.—Levita de paño. Delantero. (Véase el dibujo 30.)  
(Explic. y pat., núm. IV, figs. 18 á 25 de la *Hoja-Suplemento*.)

MARTA LA HECHICERA

LEYENDA HISTÓRICA.  
(Conclusion.)

Pero pasaron los años; el entonces paje de lanza habia llegado á ser favorito del Monarca, Conde de Santistéban y poderoso magnate de la corte, y la infeliz Marta vióse abandonada de su amante, desvalida y triste, sin más pasado que su padre anciano y moribundo, ni más porvenir que un hijo, fruto de sus únicos y desgraciados amores. Considerábase, sin embargo, con esto di-

chosa; que el amor purísimo de la maternidad es tan hermoso, que todo en su derredor lo alegra y vivifica.

Mas aún la quedaba que sufrir otra nueva desgracia.

Una noche, cuando, despues de haber cumplido sus sagrados deberes de hija y madre, se hallaba entregada al reposo, unos hombres asaltaron su casa, arrancáronla de los brazos el hijo de su alma, y á la mañana siguiente, cuando las calles de la poblacion volvieron á cobrar animacion y vida, encontrése abierta la casa de Marta, y en ella el cadáver de su padre, que, rígido y yerto, yacia en el suelo, empuñando su antigua espada de combate, y vieron las gentes á la infeliz amante de D. Alvaro lanzando histéricas carcajadas, que á un tiempo reia y sollozaba, y que, no hallando nadie que razon le diera de su amado hijo, se precipitó á la calle en su busca, sin que nadie de ella supiese despues.

Muchos años habian pasado de este desgraciado suceso; cuando ya el Condestable habia construido y habitaba su soberbio palacio de Escalona, apareció en los arrabales de

esta villa una infeliz mendiga, que decia palabras misteriosas para ahuyentar los malos espíritus y conocia las virtudes de las plantas para curar enfermedades, y leia en los astros el porvenir de las gentes; pero que era cariñosa, y dulce, y caritativa con todos, y lloraba siempre, no se sabe si de pena ó de alegría, cuando una madre estrechaba en sus brazos y besaba con ansia al hijo de su alma. Las buenas gentes del pueblo la respetaban y querian, y la consultaban en sus males y en sus desgracias, pues siempre para hacer bien estaba abierta la pobre choza en que se guarecía la antigua amante de D. Alvaro de Luna, la cual entónces era conocida de todos por el nombre de *Marta la hechicera*.

Era, en efecto, la antigua enamorada del

paje de lanza de don Juan II, que despues de muchos años de desgracias y sufrimientos, habia recobrado en parte la luz de su espíritu, quedando en su alma un solo y constante pensamiento : ó recobrar á su hijo, ó vengarse terriblemente de Alvaro.

A esto se dirigian todos sus esfuerzos y maquinaciones; por eso la hemos visto cruzar impávida los campos, á pesar del huracan y de la lluvia; internarse por la poterna del castillo, cuyo centinela habia comprado á cambio de unas hierbas, con las cuales, decia, habia de conseguir ser amado de una ingrata por quien suspiraba, y aparecer sombría y terrible en la cámara del Condestable, esparciendo el espanto en el alma del infeliz favorito, que temblaba en su presencia como la hoja del sauce ante los impetus del furioso vendaval.

Don Alvaro, como señor y dueño de las vidas de sus vasallos, hubiera podido darla muerte; pero no tenia suficiente fuerza para ello; su conciencia le decia que aquella pobre loca tenia razon cuando pedia su hijo, que él la habia arrebatado, y ademas ella no daba público motivo para castigarla, y D. Alvaro temia las murmuraciones y quejas de las gentes del pueblo, que casi veneraban á la infeliz demente.

Esta, sin embargo, ignoraba que habia muer-

cido claro y espléndido, convidaba á ello, y por todas partes no se escuchaba más que el sonar de las armas, el piafar de los caballos, el aullar de los entrañados sabuesos, el chirriar de los jerrifaltes, halcones y neblies, el ruido de las damas y caballeros que á la expedicion se disponian, y la gritería de los villanos, que, al otro lado del foso, y en multitud inmensa, esperaban gozar contemplando tan lujosa y nunca vista cabalgata.

Púsose, en efecto, en marcha la comitiva, compuesta de SS. AA. los reyes D. Juan II y doña Isabel de Portugal; el Arzobispo de Toledo; D. Alvaro de Luna; su hijo D. Juan, apuesto mancebo, que entónces contaba veintidos años; D. Juan Fernandez Pacheco, marqués de Villena; don Pedro Giron, maestro de Calatrava; D. Inigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana; los Condes de Benavente y de Castro, y otros muchos caballeros y damas, con gran séquito de pajes, escuderos y soldados, formando una corte tan fastuosa y soberbia como pocas veces se habia visto en Castilla.

No correspondia, sin embargo, la expresion de los semblantes á la alegría y magnificencia de la fiesta.

El Condestable marchaba pálido, abatido y silencioso; y si algo hablaba, tartamudeaba al



19.—Traje para niños de 6 á 8 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

20.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. (Explic. y pat., núm. V, figs. 26 á 33 de la Hoja-Suplemento.)

21.—Vestido para niñas de 3 á 5 años. (Explic. y pat., núm. XI, figs. 60 á 67 de la Hoja-Suplemento.)

22.—Vestido para niñas de 10 á 12 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

23.—Vestido para niñas de 2 á 4 años. (Explic. y pat., núm. XII, figs. 68 á 72 de la Hoja-Suplemento.)



24.—Vestido de raso y gasa de seda, con cola postiza. Delantero sin cola. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)



26.—Traje con corpiño Enrique IV. Espalda. (Véase el dibujo 2.) (Explic. y pat., núm. X, figs. 53 á 59 de la Hoja-Suplemento.)

to su hijo (1), y por tal tomaba á D. Juan de Luna, hijo legítimo de don Alvaro y de doña Juana de Pimentel, su esposa; equivocacion la nentable, que habia de ocasionar una catástrofe, en la cual perderia la vida la desdichada Marta.

IV.

A la mañana siguiente de aquella noche en que Marta se habia aparecido al Condestable, el palacio de éste reboaba por todas partes animacion y vida.

Habíase dispuesto una gran cacería en los montes de la villa; el dia, que habia amanecido

(1) Don Alvaro de Luna tuvo un hijo natural, llamado D. Pedro, señor de Fuentidueña, que murió antes que él.



25.—Vestido de raso y gasa de seda, con cola postiza. Espalda con cola. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 7 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Traje de paño con tiras de piel.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

28.—Vestido de cachemir. Espalda.  
(Véase el dibujo 26.)  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

29.—Abrigo de paño, con aplicaciones de terciopelo.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

30.—Levita de paño. Espalda.  
(Véase el dibujo 18.)  
(Explic. y pat. núm. IV, figs. 18 á 25 de la Hoja-Suplemento.)

31.—Vestido para niñas de 7 á 9 años.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

32.—Abrigo de tela escocesa.  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

33.—Abrigo de raso con aplicaciones de felpa. Delantero.  
(Véase el dibujo 17.)  
(Explic. y pat. núm. II, figs. 9 á 12 de la Hoja-Suplemento.)

34.—Abrigo de felpa.  
(Explic. y pat. núm. III, figs. 13 á 17 de la Hoja-Suplemento.)

35.—Abrigo de raso-duquesa.  
(Explic. y pat. núm. VIII, figs. 44 á 47 de la Hoja-Suplemento.)

36.—Vestido de cachemir. Delantero.  
(Véase el dibujo 28.)  
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

37.—Abrigo de terciopelo.  
(Explic. y pat. núm. VII, figs. 40 á 43 de la Hoja-Suplemento.)

38.—Abrigo para niñas de 8 á 10 años.  
(Explic. y pat. núm. VI, figs. 34 á 39 de la Hoja-Suplemento.)

hacerlo, señal cierta, según sus biógrafos, de hallarse poseído de la ira; y como don Alvaro era el verdadero monarca, todos, por complacerle, marchaban serios, como si, más que á fiesta y divertimento, á ceremonia fúnebre se encaminasen.

De esta manera salieron del alcázar; cruzaron la anchurosa plaza de la villa; subieron por la calle de San Miguel, estrecha y tortuosa, y al desembocar al campo por el Arco de Santa María, unos agudos y dolorosos gritos llamaron la atención de los nobles cazadores. La causa de ellos era que unos soldados detenían á la hechicera Marta, que, atropellando por todo, quería llegar hasta donde los Reyes y el Condestable se encontraban. Vióla la Reina; compadeciéndose de ella; llamóla á su lado, y formando un círculo á su alrededor, la dijo:

—Puesto que por adivina y por mujer de ciencia pasas, ¿no nos dirás algo acerca de nuestro porvenir á mí y á los caballeros que me acompañan?

—Sí haré—respondió la hechicera; y mirando fijamente á la Reina, añadió:—Vos, señora, libraréis á Castilla de un monstruo, que há más de treinta años la está devorando. Y al decir esto, miró con insistencia al Condestable.

—Muy bien—interrumpió el Rey, que de estas cosas gustaba sobremanera.—Y en mi estrella, ¿qué has leído acerca de mi porvenir?

—Vos, Señor—dijo Marta—moriréis de sentimiento por la mejor cosa que en toda vuestra vida habeis de hacer.

—¿Y cuál será ella?

—Hacer decapitar al hombre más orgulloso de Castilla. El Condestable se había puesto livido de cólera, é iba á usar de la palabra, cuando se adelantó el de Villena diciendo:

—¿Y acerca de mi *sino*, nada te han dicho las estrellas?

—¡Oh, sí, mucho y bueno me han dicho, Señor! Vos poseeréis en breve esta población, con todos sus alcázares y sus tierras.

—Entonces, de mí, ¿qué te mienten los astros?—interrumpió el Condestable.

—Vos.... moriréis en cadalso—replicó con voz lúgubre Marta.

—Famosa profecía, que yo desmentiré no volviendo á entrar más en esa población (1)—repuso D. Alvaro, aparentando indiferencia. Pero ántes que terminara sus frases, ya la hechicera había desaparecido.

Quedaron todos mustios y silenciosos, excepto el de Villena, para el cual había sido buena la profecía, pues hacia tiempo que soñaba con la posesión de Escalona; y así se pasó el día sin regocijo de nadie, sin incidentes desagradables ni gratos, si no es que al entrar de vuelta en la villa notóse la falta de D. Juan de Luna, á quien nadie había visto desde las últimas horas de la tarde, en que, persiguiendo á una herida cierva, y á todo el escape de su caballo, del grupo de los demás cazadores se había separado.

Mandó el Condestable algunos soldados en su busca, y toda la comitiva entróse en el alcázar, cuyo puente levadizo se alzó con ruido sordo apenas hubo pasado el último ballestero, como si el puente fuese la puerta de una tumba que se abriese para dar paso á la eternidad.

## V.

Han pasado dos meses de los sucesos anteriormente relatados.

Los reyes, los magnates y los caballeros que en el alcázar del Condestable se hospedaban, habiense vuelto, los unos á la corte, á sus tierras los otros, recobrando de nuevo Escalona su tranquilo y ordinario aspecto.

Mas no le presentaba, en verdad, la tarde á que nos referimos.

Inmensa multitud de gente de todas condiciones, la población entera, se agolpaba delante de las puertas del palacio, cuyos muros y torres hallábanse coronados de gentes de armas, que con el arcabuz ó la ballesta al brazo, miraban silenciosos á la multitud apinada en la plaza, como si á contener sus impetus estuvieran apercebidos.

—Ya es la hora, y no ha de tardar en cumplirse la sentencia—decían unos.

—Dicen que D. Alvaro la ha perdonado—añadían otros.

—¡Para mis enemigos quisiera yo tal perdón!—exclamó un tercero.

—Es imposible perdonarla, habiendo herido tan gravemente al hijo del Condestable—repuso otro.

—Ya está allí—gritaron muchos á la vez.

Y todas las miradas se dirigieron á lo más alto de una torre, en la cual, y entre dos almenas, apareció una mujer con la cabeza inclinada sobre el pecho, rodeada de arqueros del Condestable y llevando á su lado un religioso, que con la mano derecha elevada al cielo, y presentando en la izquierda un crucifijo, parecía mostrarla, con fervorosas palabras, un mundo mejor que el que estaba próxima á dejar para siempre.

Aquella mujer era Marta.

¿Qué había sucedido para que á tan lamentable extremo se hallase reducida?

En breves palabras lo diremos.

Ya vimos cómo en la montería D. Juan había desaparecido de entre los demás cazadores.

Anheloso de dar alcance á la res perseguida, corrió tras ella á todo el escape de su caballo, hasta que, desbocado éste, y el mancebo sin fuerzas para detenerle, cayeron en tierra caballo y caballero; aquél, cubierto de roja sangre y vaporosa espuma; éste, sin sentido, por efecto del golpe que al caer recibiera.

En aquel momento, y como si del centro de la tierra surgiese, apareció una mujer: era Marta. Alegría inefable brilló en su rostro; se acerca rápida al exánime mancebo, y...

—¡Al fin eres mio!—exclama. Y abalanzándose á él con ansia, desabrocha ligera el jubon que le cubre, anhelosa de hallar en el pecho del joven alguna señal indeleble, por la cual había de reconocerle.

(1) La villa de Cadahalso pertenecía al Condestable, y aseguran sus biógrafos que jamás quiso entrar en ella, porque un adivino le auguró que moriría en cadalso.

Febri! y desatentada le registra; mira y palpa, no dando crédito á sus ojos, y al fin, exhalando un rugido terrible, exclama:

—¡No es él! ¡No es mi hijo! ¡Maldito seas por siempre, miserable D. Alvaro! Pero no importa—continúa;—si es tarde para la dicha, aún es tiempo para la venganza.

Y sacando una agudísima daga que en su seno escondía, añadió:

—Tú me robaste un hijo que era la esperanza y el consuelo de mi vida; yo te arrebató el tuyo, en quien cifras también todas tus alegrías y esperanzas.

Y diciéndo esto, hundió el puñal en el seno del inerte joven.

A esta sazón llegaron los soldados que el Condestable mandara en busca de su hijo, al que, bañado en sangre, llevaron al castillo, así como á la vengadora Marta, que, sin resistencia alguna, dejóse prender y maniatar por ellos.

Tal es la causa por la cual fué la desgraciada hechicera sentenciada á muerte; y aunque D. Juan de Luna sanó de su herida, esto no fué obstáculo para que la sentencia se llevase á cabo.

Aproximáronla á una almena, á la cual se hallaba atada una cuerda, cuyo extremo opuesto colgaba libre á lo largo del muro; hizo el verdugo con él un nudo alrededor de la garganta de la infeliz sentenciada; empujola hacia adelante, y lanzando un horroroso grito de espanto, vióla la multitud conmovida vacilar primero y caer despues, quedando pendiente de la cuerda, describiendo con su cuerpo amplias oscilaciones, con cada una de las cuales, como si fuera el péndulo del reloj de la muerte, parecía que arrancaba una vida del libro de la eternidad.

Pero aún no se hallaba cumplida del todo la sentencia. Cuando la muchedumbre contemplaba atónita tan ejemplar castigo, vióse al verdugo sacar del cinto reluciente y ancha cuchilla y cortar con ella la cuerda de que pendía el cuerpo de la infeliz ahorcada, la cual, chocando con las piedras del muro, cayó dando vueltas en el profundo foso, sepultura inmensa para su débil cuerpo, pero receptáculo pequeño para tanta desgracia como durante su vida había sobrellevado.

Ya estaba vengado el Condestable. Ya no le recriminaria más la miserable hechicera; pero las palabras de ésta cumpliéronse al pié de la letra.

La Reina fué la causa principal de la perdición de D. Alvaro.

Este pereció en el cadalso cinco años más tarde.

El Rey murió un año despues que su favorito, de sentimiento por haberle sentenciado.

Y en tiempos del hijo de D. Juan II, la villa de Escalona, con sus alcázares y tierras, pasó á poder de D. Juan Fernandez Pacheco, marqués de Villena, entónces privado de D. Enrique IV; cumpliéndose de este modo, en todas sus partes, las profecías de la infortunada Marta la hechicera.

FERNANDO SOLDEVILLA.

## LA VIDA REAL.

### APUNTES PARA UN LIBRO.

#### XIV.

Diego á Roberto.

Madrid, Octubre de 1876.

GRACIAS, mi querido y excelente hermano! ¡Gracias por todo cuanto has hecho en favor de Lucía y de su madre! A no ser por tí, ¿qué hubiera sido de ellas, perdidas en las sombras de esa gran ciudad?

No he culpado un solo instante á mi mujer por su línea de conducta; ha sido brusca como su carácter, cruel á mis ojos y á los de toda persona delicada, inconveniente y osada; pero estaba en su derecho haciendo lo que ha hecho, si no por amor á mí—poco me importa ya de su amor—al ménos por el bien de sus hijos y de su reposo.

¡Ay, éste no ha de volver á alterarse por causa mia! ¡El último destello de vida y de pasión se ha apagado en mi alma al perder á Lucía! ¿Será que ésta salga de lo vulgar de su sexo? ¿Será que acumule perfecciones ideales? No es esto último, pero sí es lo primero; no es lo usual hoy en el sexo femenino el candor, la honradez, la sinceridad que residen en el alma virginal de Lucía, no. ¡Ningun matiz de la coquetería conoce ella! ¡Sus blancas mejillas no se han teñido jamás con los productos de la química; sus cabellos tienen la belleza que deben á la juventud, y en sus labios de púrpura jamás se ha posado la mentira! Y así como su rostro es su alma.... no es posible hallar una fe cristiana más sencilla, y á la vez más firme, que la de esa joven: no conoce, y por lo tanto no emplea, ningun subterfugio para cumplir con su deber: sola con su madre, ha convertido en deleitoso placer el tedioso cuidado que exige; porque su madre es una mujer egoísta, regañona, displicente y que nadie puede sufrir, excepto su dócil hija.

Lucía saca su fortaleza de la candidez absoluta de su carácter; nada le parece que es malo, y á las acciones de todo el que la rodea da la interpretación más favorable: esta adorable caridad nativa es la más bella y la más completa de todas, porque no nace del precepto ni de la enseñanza, sino de la bondad genuina del corazón. Y ésta es la caridad hermosa de Lucía: de seguro que, aunque me culpe en el fondo de su alma, es sin rencor y sin amargura, y en los repliegues de su conciencia ó de su bondadoso corazón halla alguna excusa á mi infamia.

No es Lucía una de esas bellas muñecas que seducen los sentidos y que despiertan el más terrible de los sensualismos: el del espíritu. El dominio omnipotente que ejerce es en el alma; á su lado, el corazón del hombre más débil comprenderá su deber, y hallará lo que en nuestra época va siendo difícil: fuerza y valor para soportar la vida. Al verla á ella resignada con una vida de incesante trabajo, al

lado de una madre egoísta y vulgar, se siente valor para soportar las más violentas borrascas de la vida: á la edad en que yo me hallo, es la mejor compañía esta mujer superior, que vale todo lo que puede valer el mejor de los amigos.

A lo ménos, me queda en mi desgracia el consuelo de no haberla comprometido: jamás fui á su casa, á pesar de que su madre me la ofreció algunas veces: la vida casi claustral que hacían estas dos pobres mujeres no admitía gran deseo de visitas por una parte, y por otra, á mí me dolía en el alma el comprometerlas.

No te pregunto, mi querido hermano, lo que hace Lucía en París, porque lo sé sin que nadie me lo haya dicho: trabajar. Su valor es grande, y buscará en una ocupación incesante, á la vez que el alivio de sus penas, recursos para la vida.

Algunas veces me pongo á pensar cuántos hombres desdichados como yo habitarán la superficie de la tierra: cada uno lleva su drama en el fondo del alma, y los que paseamos tranquilamente y con la sonrisa en los labios somos acaso los más heridos, mucho más heridos que los que hacen ostentación de sus penas.

Mi pobre mujer hace en favor de la paz mucho más de lo que yo esperaba: tomando en cuenta lo vulgar de su inteligencia, no se le puede pedir más: yo la estimo como á la madre de mis hijos; pero si alguna vez me engaño creyendo amarla, ya estoy bien desengañado de que jamás ha sido así, y de que formamos uno de tantos matrimonios que viven como los mejores amigos del mundo, y que, sin embargo, no se profesan más que un cariño puramente amistoso.

Es preciso ser hombre, sin embargo, y voy á adelantarme á una reprensión que acaso merezco: sí, Roberto; leo en el fondo de tu pensamiento, y sé que me acusas de mal padre, porque, al parecer, jamás pienso en Irene y en Adriano; no lo creas: los sentimientos del padre han sobrevivido á la ruina de todas mis esperanzas, al caos que hay en el fondo de mi pobre corazón.

Desgraciadamente, Adriano se parece á su madre en lo poco activo de la imaginación, en la vulgaridad de sus gustos y en lo poco desarrollado de los sentimientos, é Irene no desmiente la raza de los Benavente: tú mismo, cuando hace pocos meses estuve con ella en París y á tu lado, la llamabas la *pequeña Valentina* y adivinabas lo que es: aunque hubiera tomado vida en el seno de nuestra hermana, no podía ser más semejante á ella; y esto, que sería un bien para mí tratándose de mi hijo, pues tendría en él un amigo fiel é inteligente, es un gran mal tratándose de mi hija, cuya viva impresionabilidad, unida á su condición de mujer, la harán siempre desgraciada.

Irene ama á su madre, porque su alma es toda ternura; pero no la estima, y ésta es una de las mayores desgracias que puede experimentar una criatura humana. Cuando Mariana hace alguna apreciación vulgar, cuando da á alguna cosa una interpretación equivocada, las dulces facciones de Irene se entristecen y revelan un sentimiento de dolor que está muy en disonancia con su tierna edad de nueve años: ella adoraría á su madre si ésta fuese una mujer superior; pero como la pobre Mariana se halla muy lejos de serlo, su hija sufre á la vez en su corazón y en su amor propio.

Es un gran mal el que los hijos valgan más que los padres: para que el respeto tenga una base sólida y segura, debe proceder de la superior valía de la persona respetada, porque, si no, el respeto no es una verdad, sino una imposición de las leyes sociales, que oprime y mortifica.

Por eso quizá Irene demuestra hacia mí una profunda simpatía: acaso el tierno corazón, el lúcido entendimiento de esta niña comprenden que su padre sufre y que no hay en su vida elemento alguno de felicidad. ¿Quién sabe? La mirada inocente de la infancia es á la vez muy penetrante, y comprende fácilmente problemas sombríos, que escapan á inteligencias superiores: hay en los niños intuiciones que son á la vez prodigiosas y muy tristes.

Tranquilízate, Roberto, y está seguro de que seré buen padre, á pesar de la soledad moral en que mi destino me ha encerrado como en un sudario de plomo.... Pero tú, mi excelente, mi querido hermano, no abandones á Lucía, y háblame de ella alguna vez.—Diego.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

## LA MUJER SOÑADA.

UNA tarde de primavera paseábase un joven por la Castellana, y entró la multitud de mujeres hermosas que circulaban á su lado, fijóse en una que no llamaba la atención por su deslumbradora belleza, ni por su voluble gracia, ni por su elegante traje, ni por su soberbio porte. Para muchas personas hubiese, tal vez, pasado inadvertida, ó habria, á lo más, obtenido una de esas miradas de fugitiva satisfacción que dirigimos al atravesar por un vistoso concurso de bellidades; miradas que van sucesivamente brotando, y extinguiéndose como chispas de pasajera llama á cada nuevo rostro que se nos presenta, y las cuales acaban por palidecer y sepultarse en la ola de luz con que sus ojos nos anegan. Nuestro joven, sin embargo, fué gratamente sorprendido al encontrarla; exteriores encantos y misteriosos atractivos fascinaron su vista y emocionaron su corazón, y esto le hizo detenerse un momento y murmurar mientras pasaba: «¡Hé aquí la mujer con que he soñado!»

Todos hemos soñado de igual manera con alguna mujer hermosa, que despues de haberse medido caprichosamente en los cielos de la imaginación, se nos ha presentado en nuestro camino, como si quisiera brindarnos en el mundo de la realidad las suspiradas delicias que ya nos figurábamos, con el trascurso del tiempo, próximas á evaporarse en los senos mismos de la fantasía donde tuvieron su cuna.

Y hemos seguido á esta mujer y la hemos consagrado nuestro amor, creyendo sinceramente que no podíamos querer á otra alguna, porque en ella se encarnaba nuestro arquetipo supremo, y, no obstante, ha concluido el tiempo de la ilusión, como la primavera de las flores, y quedándonos sólo con algun recuerdo á medio borrar, ó alguna esperanza á medio abrir, que nos ha dejado, la hemos visto pasar entre las hojas secas del otoño, buscando, como ellas, un surco donde enterrar su corazón marchito. Y otra vez la imagen soñada ha flotado sobre nuestra frente, y nuevas y sucesivas mujeres nos ha parecido que venían á realizarla en forma cada vez más perfecta y acabada, y todo ha sido engañadora creencia: el amor, el olvido y hasta el desencanto han atravesado la vida, renovándose y persiguiéndose, como las olas agitadas de un océano sin fondo.

Un amor que nace, brilla y se extingue rápidamente como un meteoro fugaz no hace más que deslumbrar el corazón, pero no ilumina la vida; deja satisfechos los sentidos, pero no deja saturada el alma. Parece mucho á esas lluvias torrenciales que corren sobre la superficie de la tierra sin darle tiempo á que se empape en su benéfico rocío.

El corazón, entre tanto, quedase estremecido y vibrante, como la cuerda que, después de haber exhalado una nota, aguarda temblando todavía la mano que ha de volver á pulsarla, arrancando una nueva nota que prolongue la duración del sonido. No hay nada tan natural, porque es una exigencia del sentimiento, como amar después que se ha amado, sobre todo cuando el primer amor no ha conseguido llenar por completo nuestras aspiraciones ni ha realizado nuestros sueños.

Esta sucesión, que produce un cambio de afectos en la vida progresiva del amor, para algunos es sinónima de inconstancia. Sin embargo, la inconstancia es hija del deseo de variar, que produce la falta de un ideal preconcebido, tras el que marcha el hombre directa é incesantemente. Por el contrario, un afecto que se enlaza á otro afecto es como un eslabon que se une á otro eslabon para formar una larga y magnífica cadena. Esta sencilla explicación debe satisfacer á todas las mujeres, porque demasiado saben que si nosotros formamos la cadena, ellas nos la ponen al cuello.

Además, ¿qué hemos de hacer del corazón? ¿Para qué nos lo ha colocado Dios en el pecho, llamándonos á cada instante con su monótono tic-tac? El corazón es ingenioso juguete, lleno de figuras y caprichos de movimiento, que sirve para distraer la vida; pero al cual es necesario, si ha de moverse, que le demos cuerda, ó más bien que se la den las mujeres, á las que acostumbramos entregárselo. Una de las aptitudes más características que poseen, y sobre la cual se han fijado muy poco los artifices, es su aptitud mecánica: no hay resorte que no sepan mover, ni aparato que no hagan funcionar: verdad es que, al fin y al cabo, concluyen por descomponer, con la más inocente travesura, todas las máquinas que caen en sus delicadas manos.

El amor que se ha sentido por una mujer necesita continuarse y ser completado, si es posible, por un nuevo amor. A la primera jóven que nos impresionó efímeramente debe reemplazar otra que sea capaz de llenar todo el abismo de la pasión humana, apagando la sed de sus ardientes halagos, y sin dejar nada tampoco que desear á las infinitas voluptuosidades del espíritu. Aquella mujer primera ha podido lanzar algunos relámpagos en nuestro oscuro camino, pero como los lanza una nube que tropieza casualmente con otra tocada de la electricidad atmosférica. Mas nunca hubo la atracción magnética que dirige irresistiblemente la aguja hacia el polo. Fué como un bello pedernal que despidió, al choque del eslabon, algunas chispas.

¿Podía esta luz iluminar el abismo? ¿Podían encender estas chispas el sol del verdadero amor? ¿Podía despuntar en la vida el gran día de la felicidad?

Hay en el fondo del alma un punto luminoso, una especie de aurora, que nunca llega á ser día; pero que difunde una claridad purísima en nuestro ser y esparce un resplandor suave en nuestro camino. Es el ideal. ¿Quién no ha visto alguna vez á su reflejo pasar la imagen de Dios, resplandeciente de gloria, trazando con su dedo las órbitas por donde giran los mundos y recorriendo las soledades de la noche, seguido de sus ejércitos de estrellas? ¿Quién no ha visto á la Fortuna, vendados los ojos, puesto el pié sobre la rueda que la conduce á través de los aires, cruzar con la velocidad del relámpago, dejando caer indistintamente de su mano los bienes y los males, que acuden ávidos á recoger los hijos de la tierra? ¿Quién no ha visto al genio del arte, de pié sobre la cúspide del universo, tejiendo las coronas de laureles que coloca en las sienes de los elegidos que hasta él se acercan escalando las alturas inaccesibles de lo infinito? ¿Quién no ha visto, en fin, deslizarse una mujer por esas regiones etéreas, que sólo atraviesan los ángeles, radiante de hermosura, envuelta en un blanco velo, hollando alfombras de rosas y produciendo en su camino un estallido de besos y una lluvia de sonrisas; mujer deslumbradora y fantástica, que después baja á nuestro lado y nos acaricia y envuelve en un pliegue de su túnica para llevarnos, como si nos hubiese conducido una barca mágica, á las riberas de los cielos?

Todos han visto semejantes cuadros, y el que no los hubiere visto puede considerarse un desdichado, porque nunca habrá de verlos. Podrá, armándose de un telescopio, distinguir las manchas del sol, las montañas de la luna, los anillos de Saturno, el semillero de mundos de la Vía Láctea; pero no descubrirá el ideal: es un astro que resplandece en un cielo infinitamente más lejano, el cielo del pensamiento, y no puede vislumbrarse con ningún anteojo construido por el hombre.

Este ideal de la mujer querida, que llevamos en la cabeza como un faro protector, fórmase á veces por una suerte de irradiación interior, independiente del mundo que nos rodea, y otras veces se forma con los mismos elementos del lugar donde nos encontramos, los cuales se purifican y se hacen más delicados, transparentes y poéticos, como las nieblas diáfanas que se evaporan de un lago. Indisputablemente, ejerce el lugar poderosa influencia en los giros y matices de nuestro pensamiento, y al diseñarse la silueta de esa mujer anhelada, sus rasgos habrán de hallarse en ar-

monía con la realidad del tipo que caracteriza la region en que habitamos.

Por eso en cada país nos forjamos un tipo diferente. En el Norte se sueña con una mujer alta, delgada, de ojos azules y cabellos rubios, envuelta en nieblas y vaguedades, llena de ternura y melancolía, de languidez y de abandono, próxima á abrirnos los brazos con la candidez de un niño y á estrecharnos contra su pecho, blanco como la nieve, bajo el cual oscila su corazón como la aguja entre los hielos del polo. En el Mediodía soñamos con una mujer de ojos y cabellos negros, de piés y manos diminutos, de boca purpúrea como granada entreabierta, dispuesta siempre á embriagarnos con su aliento de jazmín, sus arpegios de ruiseñor, sus arrullos de paloma, sus cánticos de sirena, sus rugidos de leona y cuantos acentos puede inspirarle la pasión humana, armada muchas veces con el manojo de flechas que despiden sus pupilas centelleantes y que se clavan en nuestro pecho, dejándole abierta una herida mortal. En el fondo de las montañas pensamos en la mujer de piés ágiles, de vista rápida, que sobre un corcel brioso persigue al gamo y á la cierva entre las espesuras del bosque, y que, al llegar la noche, nos proporciona el placer de saborear la presa asada en el hogar chispeante, en torno de cuya piedra nos reunimos. A la orilla del mar pensamos en la mujer de cabellera suelta, de formas mórbidas y flexibles, flotando sobre las aguas, como una ondina que lleva festones de algas enredados en los piés, un *bouquet* de perlas en la mano y un penacho de espumas en la cabeza.

Estos y otros innumerables tipos, que construye la imaginación impresionada con el paisaje que la rodea, revisten una belleza de excepcional atractivo, que seduce el corazón y nos hace amar la vida, y que, al sentir su misterioso influjo, en vez de pensar, como el Segismundo de *La Vida es sueño*, que el delito mayor del hombre es haber nacido, pensamiento que sólo podrá brotar en la cabeza de un prisionero cargado de cadenas, se nos figura que el más hermoso don que nos puede conceder el Hacedor Supremo es el de echarnos vivos sobre la tierra, este bello paraíso, cuyos vírgenes tesoros sólo supieron explotar nuestros afortunados padres Adán y Eva; pero que todavía es susceptible de continuar explotándose, siempre que se deseché la vieja y fatalista idea de que nuestra morada planetaria es un valle de lágrimas, y los pobres mortales una especie de ranas, que viven alternativamente sumergidos en el llanto ó en el cieno.

El que llora es porque se empeña en no ser consolado. Hay mujeres muy bellas, en cuya presencia estaríamos todo el tiempo imaginable echando lagrimitas, por gozar el placer de que las enjugase con su pañuelo de batista ó las recogiese en su mano de nácar. Hay jardines zoológicos, donde pueden verse las enjauladas fieras tomar actitudes trágicas y murmurar soliloquios siniestros, ante los cuales palidecen el monólogo de Hamlet y los dramas más íntimos y sombríos. Hay colecciones de monos sabios y de ratas instruidas, que nos ofrecen nuestra caricatura física, intelectual y social. Hay palacios encantados, donde en una noche se hace un viaje completo al rededor de la fortuna, y puertos de amor, de los que zarpa alegre nave para recorrer en un momento el océano todo de los placeres. Hay plazas de toros, donde se *capea* á la muerte; circos gallísticos, donde se aprende á dar *puñaladas*; teatros bufos, donde se enseñan los misterios ocultos bajo la enagua y el corsé; novelas, donde, por un *cuartillo* la entrega, se adquieren conocimientos en el arte de enamorar, de robar, de jugar, de asesinar, de desafiar y de suicidarse, y hay otras muchísimas cosas que pueden hacernos agradable la vida. Por esta razón, el vulgo, que no es tan necio como pensaba Lope de Vega, ha dicho que el que no se consuela es porque no quiere.

¡Oh ideal! Así te alejas de la vida, como se va-alejando mi pluma del camino que doran tus inefables rayos, para vagar por las oscuras é inextricables sendas donde se ofrecen los cuadros de la mezquina realidad. ¿Será preciso que termine este monólogo diciendo que el jóven que paseaba á lo largo de la Castellana ha visto cien veces nacer y morir sus ilusiones más risueñas, ha unido numerosos eslabones de afectos fugitivos á la cadena inacabable de su amor, y ha vuelto á exclamar en presencia de nuevas jóvenes, á las que le ha bastado ver para adorar: «Hé aquí la mujer con que he soñado»?

G. BELMONTE MÜLLER.

## LA CORONA FÚNEBRE.

LEYENDA.

I.

**N**unca cerca de la famosa Peña de Mártos existía un formidable castillo, del que el tiempo ni huellas ha dejado. Es cosa averiguada que el rey D. Fernando III, de la fortaleza de la Peña y del castillo mencionado se cuidaba en gran manera y los tenía en mucho, por considerarlos excelentes puntos estratégicos contra los moros habitadores de las tierras circunvecinas.

Dícese que el Rey concedió en feudo á Iñigo Lopez Cortés la fortaleza próxima á la de Mártos, premiando con esto los hechos esforzados y valerosos que Iñigo ejecutara combatiendo contra los árabes.

Iñigo Lopez tenía dos hijas: una que con él habitaba, y otra que, por su quebrantada salud, hubo de partir á tierras muy lejanas, acompañada de un hermano de su padre.

Tal era la semejanza y parecido que existía entre las dos hijas de Iñigo, que hallar diferencia entre dos gotas de rocío hubiera sido más fácil que encontrarla en ellas.

Beatriz, cuyo hogar solariego siempre fué el castillo de Iñigo, amaba con pasión casta y vehemente á D. Ramiro de Tobar, esforzado capitán de los ejércitos del rey D. Fernando.

Nunca pudo verse batallador más decidido y temerario que Ramiro de Tobar, ni caballero más pundonoroso y pru-

dente, ni tampoco amante más sincero y apasionado. Cuando quiso la desgracia, en hora para él infeliz, que hubiera de alzarse de Jaen á luchar contra las huestes musulmanas que invadían el territorio, se aproximó durante las horas de la callada noche al castillo, ansioso de gozar por vez postrera de la grata envidiable compañía de su amada. De-seaba encontrar en las palabras de Beatriz dulce consuelo que mitigase el daño que la ausencia penosa y larga había de causarle.

La barbacana del castillo, sumergida en tinieblas que rechazaban la luz de las estrellas, sostenía nudosa escalera de cuerdas, por donde pudo ascender Ramiro hasta encontrar á Beatriz, que, con lágrimas en los ojos y desconsuelo en el alma, le estaba aguardando.

El castillo se alzaba imponente en mitad del valle; la oscuridad de la noche sólo dejaba percibir una mole informe y gigantesca; en el cielo, tachonado de estrellas, no había aparecido la luna; los tupidos y frondosos bosques parecían legiones de fantasmas que al llegar hasta ellas el viento se encorvaban gimiendo tristemente, y los suaves arroyos, deslizándose con brillo opaco sobre sus blandos lechos, unían su ruido monótono y constante á aquel general concierto de oscuridad y de murmullos.

Los dos amantes hablaron tan quedo, que ni la brisa que oreaba sus frentes pudo escuchar sus palabras. Ramiro, vistiendo la férrea cota y ceñido el reluciente casco, oprimía las manos de Beatriz; ella, con los cabellos destrenzados sobre los hombros y vestida de blanco y rico traje, le miraba extática y abatida. Largo rato permanecieron en silencio; no encontraron palabras dignas de sus pensamientos, ni aunque las hubieran encontrado, se hallaban con valor para expresarlas.

—¿Me olvidarás?— exclamó Beatriz con voz tan conmovedora y dolorosa, que á la vez parecía un ruego, una queja y un suspiro.

—¡Nunca!— respondió Ramiro con ronco acento, ahogado por la emoción.—Mi amor es perdurable; si en la lid sucumbo, entonces te perderé, porque tú eres mi vida; y si en el cielo moro, allí te encontraré, porque tú eres mi alma. Aunque destruyan mi cuerpo las cimitarras agarenas, no por eso destruirán mi amor. Aunque deshojes la rosa, no consigues deshacer su perfume; así mi amor persistirá sobre mi cuerpo destrozado, como la esencia sobre las flores deshojadas.

—¡Ay! si murieras....

—No temas. Muchas veces combatí contra los moros y nunca la suerte me fué adversa; yo he sentido los alfanjes árabes magullar y hendir mi peto, desgarrar mi piel y herir mis entrañas; mi cuerpo abrió cien puertas á la muerte, y por ninguna de ellas cupo mi alma. ¿Por qué, pues, hoy me había de ser funesto y adverso lo que siempre me ha sido glorioso?

—¿Regresarás en breve?

—Sí, yo te lo juro por la cruz de mi pendón y de mi espada.

Los primeros albos inundaron en luz el horizonte; las tinieblas huían, la luz llegaba; todo iba tomando un nuevo aspecto.

—¡Oh sol!— dijo Beatriz.—¡Todo lo alegra tu mirada, menos mi corazón!

Ramiro descendió por la escalera de cuerda, pálido y turbado; el sol reflejaba en su casco; la mañana sonreía; las aves trinaban; la brisa era suave y fresca, pura y embriagadora. Beatriz agitó su pañuelo saludando á Ramiro; éste volvió el rostro varias veces para ver á su amada, y la última vez que dirigió su vista hácia la fortaleza vió á Beatriz desmayada en la barbacana, y al blanco pañuelo, que era juguete de los vientos.

II.

Iñigo Lopez, el anciano padre de Beatriz, pereció en los campos de batalla, y del bravo capitán Ramiro se ignoraban la suerte y paradero. Bajo la impresión dolorosa de tan crueles males, Beatriz vivía triste y desconsolada. Largas horas permanecía de pié en la barbacana, con los ojos fijos en el camino por el que partió para la guerra su amante D. Ramiro, y cuando, ya cansada de aguardarle, volvía á sus habitaciones, amargo y abundante llanto derramaba, entregándose á la mayor desesperación, prorumpiendo en lamentos que hubieran llegado á conmover el corazón más fiero y empedernido.

Su tenaz desconsuelo agotaba las fuerzas de su alma; su abatido espíritu iba perdiendo su vida y lozanía, como flor que se marchita ó luz que se extingue.

A tal estado de postración y abatimiento la redujo el dolor, que por su vida todos sentían ya graves recelos y fundados temores. Las prudentes y juiciosas dueñas de la hija de Iñigo procuraron consolarla, pero fué vano su esmero en conseguirlo; y cuando ya temían que en breve dejara de existir, pusieron en conocimiento de D.<sup>a</sup> Margarita el lamentable estado de su hermana Beatriz, por si quería llegar á darle su adiós postrero antes de que la muerte lo impidiera.

Afortunadamente, llegó Margarita al castillo de Iñigo cuando aun Beatriz no había sucumbido, aunque ya agonizante yacía en su lecho pálido y casi yerta.

\* La espaciosa estancia, de alta y cóncava techumbre, de paredes y arcadas de granito, presentaba aspecto sombrío y extraño; una pequeña lamparilla de bronce, suspendida en el centro del techo donde todas las arcadas convergían, lanzaba á intervalos débiles resplandores; la imagen de Jesús clavado en el madero se hallaba sobre un pequeño retablo, en el que ardían y chisporroteaban dos cirios; de la pared colgaba un lienzo de oscuras tintas y pesado marco, retrato que en sus mocedades mandó hacerse D. Iñigo Lopez; en el fondo de la estancia se destacaba el lecho con piés de negro ébano y rojos cortinajes de damasco, que á la sazón se hallaban descorridos, dejando ver envuelta en blanquísimos lienzos á Beatriz, cuya bellísima faz se apoyaba blandamente sobre las mullidas almohadas; una dueña anciana, sentada en un sillón junto á la enferma, permanecía inmóvil, con la frente baja y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Margarita penetró en la estancia, dió un grito de dolor, y aproximándose al lecho con presteza, imprimió un ósculo ardiente en el lívido rostro de su hermana.

Beatriz abrió lánguidamente sus ojos, por el dolor marchitos, y pronunció algunas frases con voz débil y oscura.

De allí á pocos momentos penetró en la estancia una dueña, inquieta y afectada en gran manera, porque de feliz y extraña nueva era portadora. Interrogóla Margarita, y despues de algunos momentos de duda, le entregó la dueña un pergamino, suplicando que se lo leyera á Beatriz.

R. TORROMÉ.

(Se concluirá.)

A UNA BOCA.

Boca, purpúrea rosa,  
Flor nacarada que á besar convida,  
¿Por qué cuando te beso estás sin vida?  
Si cuanto más hermosa,  
Más ardiente te creo, di, cuitada,  
¿Por qué al besarte yo te encuentro helada?  
Mal haya aquellos labios  
Que te dejaron, ¡ay! capullo mio,  
¡Pena en los ojos, y en el cáliz frio!

JULIO DE SIGÜENZA.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

La supremacía de la moda. — Trajes de *chateaux* y de caza. — Vestidos modestos y vestidos de parada. — Nuevos corpiños «Ana de Bretaña». — Distraziones útiles. — La pintura sobre vidrio y porcelana. — Reapertura del teatro del Odeon. — Los trajes de Mlle. Hadamard.

La correspondencia de hoy se asemejará no poco á una revista de modas. ¿Dónde podría hallar, en efecto, un asunto más interesante para las lectoras de su ilustrado periódico que las modas de otoño y las ya próximas del adusto invierno?

El viento asolador del Norte, que arrastra en revuelto torbellino las primeras hojas, anuncia la desaparición de los trajes ligeros, hartos poco usados, en verdad, este año borrascoso.

Entre los vestidos de otoño, destinados en su mayoría á las recepciones en los *chateaux* y á las partidas de caza, hay que distinguir dos clases diferentes: los que se llevan sin pretensiones y que sólo deben ser vistos por un pequeño círculo de amigos, y los que se hacen expresamente para ser admirados, durante algunas horas, por un gran número de personas más ó menos desconocidas. Hay señoras que mudan de vestidos como el camaleon muda de reflejos, y yo creo que esta volubilidad en vestimenta fué la que inspiró al rey Francisco I la reflexion nada galante, expresada en aquel famoso verso:

«Souvent femme varie.»

Hablaré, pues, en primer término de los trajes más sencillos y más fáciles de llevar durante el otoño: vestidos de paño lisó ó de lana de Edimburgo, de cuadros grandes; la falda con tres volantes y plegada por detras, formando cañones de órgano. El corpiño va fruncido en el cuello y en las pinzas, ó bien muy ajustado al cuerpo y abrochado con botones de sastré.

Los chaqués de terciopelo y de felpa, con aldetas puntiagudas por delante y por detras, se llevan bastante sobre todas las faldas. Las aplicaciones de guipur, puestas en el cuello y en las mangas, no excluyen los puños y el cuello de hilo, prendido con un broche minúsculo.

En cuanto á las *toilettes*, que podríamos llamar de *parada* ó de ceremonia, describiré cuatro modelos destinados á un aristocrático *château* del departamento del Orne.

*Vestido de mañana*, de *surah* azul nube, cubierto completamente de un cañamazo crudo con flores. De la cintura salen á cada lado dos entrepaños de faya azul bordada de color crudo y caen sobre un ancho rizado, que rodea el bajo del vestido. En el cuello, gola de *surah* entrelazado de encaje. Capelina de *surah*, cubierta de encajes crudos, con bridas que se anudan debajo de la barba.

*Vestido de tarde*, hecho de faya mordorada y guarnecido en el borde inferior con una solapa ancha de felpa color de hoja seca. Corpiño de faya con cuello y carteras de felpa. Esclavina de faya, con pinzas en los hombros y enlazada por delante con un cordón de seda. Sombrero grande *Re-canner* de paja mordorada, con forro de raso azul eléctrico. Plumaz azules y ramo de bellotas doradas adornan el sombrero.

*Traje de banquete*, de seda azul *telegrafo*, con pliegues huecos por delante. Corpiño con *paniers* de brochado azul y color de rosa, escotado sobre un fichú interior de linon. Collar de terciopelo azul, con un broche de diamantes ó de chinas del Rhin. En la cabeza, á guisa de peineta, un lazo azul y color de rosa.

Finalmente, para *soirée* ó teatro, vestido de moaré blanco con listas de raso color de malva, abierto en forma de polonesa sobre una falda de seda blanca con reflejos cambiantes y guarnicion de tul bordado, imitando el encaje Alenzon de la época de Luis XVI. Rizado en el cuello. Guantes largos de Suecia. Medias lunas de concha rubia en el cabello.

Los corpiños llamados *Ana de Bretaña* se llevarán mucho este invierno. Son unos corpiños muy ceñidos al cuerpo, iguales al vestido, ó de otra tela lisa, delineando perfectamente las formas y terminándose en un bies de felpa ó terciopelo, de unos cuatro centímetros de ancho, el cual figura el cinturon castellano. El vestido, recogido por un lado con una solapa ancha de terciopelo ó de felpa, se asemeja bastante en su forma á un delantal de cocina, sujeto por un pico al cinturon. Para el invierno, unas tiras de pieles reemplazarán las tiras de terciopelo. Así que, sobre un vestido de paño ó de damasco, ó de gro de Nápoles *cabellos de la Reina*, se pondrá una solapa de chinchilla, y sobre un vestido azul oscuro, una solapa de skong ó de marta.

Pero dejemos por ahora la triste estacion de los hielos. No obstante el esplendor y el encanto de las magnificas pieles, tan favorecidas de las czarinas y de las duquesas del tiempo de Luis XV, no las evoquemos anticipadamente. Hablemos con preferencia de ciertas labores artisticas que las damas y las jóvenes han imaginado para matar el tiempo en estos dias de campo interminables, en que llueve ó ventea.

Las labores á que me refiero son unas pinturas sobre vidrio y cristal, que imitan de una manera extraordinaria las célebres pinturas de Bohemia y de Venecia. Con alguna

habilidad y buen gusto se pueden dibujar, en un frasco ó una copa, jerglíficos, quimeras ó grifones, ó copiar un escudo de armas, ó escribir una divisa.

De este modo se puede formar una coleccion de objetos artisticos á poco coste, puesto que la primera materia no cuesta casi nada. He visto un servicio entero de cristalería pintado así, con iniciales y divisas, de un efecto admirable.

Cuando se han pintado los objetos de vidrio ó cristal, se confían á un vidriero, que los mete en el horno por algunos instantes, y la pintura queda fijada de un modo imperecedero.

Se imitan tambien sobre loza los dibujos antiguos, un poco toscos y de una sencillez primitiva.

No se ha imaginado nada mejor que esas obras artisticas, que se concluyen pronto y son fáciles de ejecutar. Las tapicerías, los bordados y las aplicaciones exigen mucho tiempo y paciencia. Así es que las pinturas sobre vidrio y porcelana ó loza serán adoptadas por todas las personas que no tienen la paciencia de pasar dias y semanas, cuando no meses, en una labor.

El teatro del Odeon ha abierto sus puertas últimamente, y la *soirée* ha sido brillantísima, merced á dos estrenos que habian atraído al segundo teatro frances cuanto Paris contiene en la actualidad de ilustre y de elegante.

El *Ecran du Roi*, la primera de las obras estrenadas, fué acogida de un modo muy lisonjero para su autor, Mr. Ernest Boysse. Es verdad que para un acto, y un acto en verso, no es posible desear nada más encantador, más alegre ni más ingenioso. Imagínese V. una obra de Molière rejuvenecida y modernizada.

El *Mariage d'André* fué igualmente muy aplaudido. Las Sras. Tessendier y Hadamar mostraron un sentimiento y una naturalidad que deben haber dejado satisfechos, no sólo al público, sino á los autores, MM. H. Lemaire y de Romré.

Mademoiselle Hadamard (Adriana) sacó en el primer acto un precioso vestido de faya color de tórtola, con almenas cortadas sobre un volante tableado. El corpiño, de terciopelo color cereza, resaltaba admirablemente sobre la falda, recogida por detras en forma de *pouf* ligero. Una mantilla de seda, ornada por un volantito, envolvía los hombros, anudándose en la cintura, al paso que un sombrero Van-Dyck de fieltro gris, sombreado de plumas encarnadas, cubría la cabeza.—En el segundo acto, vestido de desposada, hecho de faya blanca, con una escala de volantes de punto de Alenzon.—Finalmente, en el tercer acto la elegante actriz lucía un traje de viaje, género amazona, hecho de paño marron y recogido de lado sobre una falda de color igual.—Gorra de plumas de faisán.—Guantes largos del Tyrol, puestos por encima de una manga lisa y ajustada.

X. X.

Paris, 1.º de Octubre de 1882.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.695.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edicion.)

*Traje de paseo*, de vigoña color de avellana, con adornos de trencilla color de nütria. Falda redonda, guarnecida en su borde inferior de ocho hileras de trencilla, las cuales suben por delante en ángulos rectos, de suerte que el delantero de la falda va cubierto de diez y seis hileras de trencilla. Unos *brandeburgos* ó alamares del mismo color atraviesan las trencillas. El corpiño, cuyas aldetas van añadidas, lleva los mismos adornos de la falda. Esta es muy corta y se completa por detras con un *pouf* que va guarnecido de una cordonadura de lana color de nütria.

*Traje de visita*, de *luisina* cruda á cuadrillos muy pequeños del mismo color. La falda, corta, va guarnecida de cuatro volantes de bordado color crudo. El corpiño, con aldetas *postillon* por detras y faldones largos por delante, es de terciopelo azul oscuro, y va rodeado de un bordado crudo puesto de plano. Fichú de muselina cruda. Sombrero grande de fieltro color crudo forrado de terciopelo azul y guarnecido de plumas color crudo sombreadas.

ADVERTENCIA.

Recordamos á nuestras favorecedoras la conveniencia de que, al renovar sus suscripciones, acompañen una de las últimas fajas, impresas ó manuscritas, con que se les sirve el periódico.

**SALTO DE CABALLO**  
PRESENTADO POR LA  
**SEÑORITA DOÑA HERMINIA PEREZ,**  
DE CAIBARIEN (CUBA).

da	do	sil	no	per-	vi-	sus	lle-	au-	su-
flo-	del	llar-	bra	da.	ador-	lor	pre-	ho-	va
ga-	pues-	ri-	pen-	sa	didido,	jas	el	ro-	ra
del	ce-	y	co-	sa.	te				
ta	jo-	Fres-	ro-	la	el				
pron-	can	cia	y	cien-	Así				
gan-	so-	eno-	ca,	sa ;	ga-				
en	Es-	ma	es-	bri-	na-				
bre	fra-	lo-	bre	sa,	mas				
De	lla-	par-	aro-	la	fló				
do,	el	lum-	za-	si	ro-				
mas	mia.	ce	ce	un	na,				
ra-	gui-	didido,	sol	olo-	el				
za	en-	mo	dul-	pu-	mo-				
er-	el	te	cen-	ar-	y				
des-	amar-	por	res	amor,	dul-	ra	mi	ran-	la
ai-	ho-	her-	be	alas	flor	es-	tu-	to	dien-
sb-	del	ce	y	ven-	en	de	pe-		

EMPIEZA EN LA CASILLA NÚMERO 1 Y CONCLUYE EN LA 162.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, Paris).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID. — Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa. Paseo de San Vicente, 20.



*Leroy*

*Leroy imp. Paris.*

*André Couderc*

Nº 1695

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12.ª pral

MADRID

*Parfumería de lujo. Gauchain, 15. r. de la Paix, Paris.  
Faja Regente 13.ª y Corri. Ana de Austria de Arce de Vertus, 12.ª r. Tubor, Paris.*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA